

# Recuerdos de un soldado manchego en el frente de Córdoba-Extremadura (1938-1939)

## Memories of a Soldier from La Mancha on the Cordoba-Extremadura Front (1938-1939)

---

FRANCISCO ALÍA MIRANDA

Universidad de Castilla-La Mancha, Facultad de Letras. Avda. Camilo José Cela s/n, 13071 Ciudad Real.

[Francisco.Alia@uclm.es](mailto:Francisco.Alia@uclm.es)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9529-5651>

Cómo citar/How to cite: ALÍA MIRANDA, Francisco, “Recuerdos de un soldado manchego en el frente de Córdoba-Extremadura (1938-1939)”, en *Investigaciones Históricas, época moderna y contemporánea*, Extraordinario II (2024), pp. 701-718. DOI: <https://doi.org/10.24197/ihemc.O.2024.701-718>

**Resumen:** Francisco Cazallas Hernán fue un joven español, nacido en la localidad de Viso del Marqués (Ciudad Real), cuya vida se vio truncada por la Guerra Civil. En 1938 fue movilizado por el Ejército Popular de la República con tan solo 19 años y se incorporó al frente de Córdoba-Extremadura. Su experiencia la dejó plasmada en unas memorias inéditas de 35 páginas mecanografiadas. A partir de ellas, en este artículo se analiza su vida en el frente y sus sentimientos en una guerra para la que no sentía excesivo entusiasmo. Se trata de un ejemplo individual que bien podría servir de modelo a la experiencia de miles de jóvenes españoles.

**Palabras clave:** Guerra Civil española (1936-1939); Deserción; Ciudad Real; Córdoba; Extremadura; Memorias.

**Abstract:** Francisco Cazallas Hernán was a young Spaniard, born in the town of Viso del Marqués (Ciudad Real), whose life was cut short by the Civil War. In 1938 he was mobilised by the *Ejército Popular* (the Republic government's Army) at the age of 19 and joined the Córdoba-Extremadura front. His experience was recorded in an unpublished memoir of 35 typewritten pages. This article analyses his life at the front and his feelings in a war for which he was not overly enthusiastic. It is an individual example that could well serve as a model for the experience of thousands of young Spaniards.

**Keywords:** Spanish Civil War (1936-1939); Desertion; Ciudad Real; Córdoba; Extremadura; Memories.

**Sumario:** Introducción. 1. Incorporación del soldado Cazallas al frente de Córdoba-Extremadura. 2. Desmoralización y deserción en el Ejército Popular de la República. Conclusiones. Bibliografía.

---

A Elena, que merece mi más sincero reconocimiento y agradecimiento.

## INTRODUCCIÓN

Aunque se han escrito miles de libros sobre la Guerra Civil española (1936-1939), cada vez resulta más complicado leer buenos trabajos basados en fuentes inéditas, sobre todo las conservadas en los archivos. Las fuentes orales, que tuvieron un destacado protagonismo en la renovación historiográfica del tema en las décadas finales del siglo XX, también han dejado de ser determinantes, por razones puramente biológicas, porque apenas queda ya gente que viviera el conflicto con una edad en la que sus vivencias pudieran resultar de interés. Por eso toman cada vez más importancia las memorias y recuerdos escritos por personas que vivieron la guerra y que no tienen que ser, necesariamente, personajes que ocuparan destacadas responsabilidades. Incluso, como los testimonios orales, su importancia es mayor en la gente corriente que en los que tuvieron un protagonismo especial. En muchos casos, estas memorias fueron escritas al poco de acabar la guerra o algunos años después, pero por distintos motivos, entre ellos el miedo tanto a la situación política del momento como a sus propias circunstancias personales y familiares, han permanecido encerradas bajo llave en un cajón o en algún armario. Muchos protagonistas necesitaban más que olvidar, no hablar del conflicto, como terapia autoimpuesta. La experiencia de estos años hacía imposible el olvido. Los acontecimientos vividos fueron tan extraordinarios que era difícil apartarlos de su memoria, aunque se decidiera arrinconarlos por un tiempo. La instauración democrática en España ha propiciado el despertar de la memoria e incluso se ha llegado a la necesidad de contar y enseñar los testimonios ocultos, como nueva terapia y obligación moral ante los muchos muertos que nunca podrán hablar.

Una de estas memorias inéditas fue escrita por Francisco Cazallas Hernán en 1987, bajo el título de *Mis memorias*, ejemplar mecanografiado de 35 páginas que su hijo Juan de Dios ha puesto a mi disposición recientemente para superar el olvido que su padre se había autoimpuesto sobre la guerra. Cazallas nació el 23 de julio de 1919 en Viso del Marqués (Ciudad Real). En el manuscrito afloran recuerdos y vivencias de un joven soldado español que, como muchos otros, fue movilizadado para luchar en una guerra por la que apenas mostraba interés.

Conocido por el apodo familiar “Farruca”, del que se sentía muy orgulloso, residía plácidamente en su pueblo cuidando las cabras de su padre,

porque la familia vivía de la venta de leche de cabra. No había tenido ocasión de ir a la escuela, pero aprendió a leer y escribir de forma autodidacta, entusiasmado por los libros. En los primeros días de 1936, con 17 años, se afilió a las Juventudes Socialistas, que a los pocos meses se unificaron con las Juventudes Comunistas formando las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU). Al estallar la guerra, muchos jóvenes de su pueblo corrieron a alistarse en el Batallón Torres, de Valdepeñas. Él no sintió ningún interés por presentarse como voluntario a las milicias populares. Pero en 1938 fue movilizadado y enviado al frente de Córdoba-Extremadura.

El objetivo principal de este artículo consiste en estudiar, a partir de un caso individual, tanto la forma de vida en el frente como el escaso ardor guerrero de muchos soldados del Ejército Popular de la República, que iba aumentando conforme iban avanzando tanto la guerra como los reveses militares. La principal fuente de análisis son las memorias citadas, aunque esta se ha completado con la lectura de prensa (periódico *Avance*, de Ciudad Real), consulta de documentación en el Archivo Histórico Nacional y en el archivo de la Fundación Negrín (Las Palmas de Gran Canaria) y una selección de la bibliografía más especializada.

En los últimos años se han publicado interesantes monografías que nos ofrecen un contexto general sobre la movilización, desertión y desmoralización imprescindible para entender las muchas particularidades que existieron, entre las que podemos destacar las de autores como Michael Seidman, Pedro del Corral, James Matthews y Francisco Alía Miranda<sup>1</sup>, que lo consideran un aspecto determinante, aunque ni mucho menos el único, en la pérdida de la guerra por la República.

Viso del Marqués era una población ciudadrealeña de algo más de cinco mil habitantes en 1936. Como el resto de los municipios de la provincia, El Viso, como se conoce popularmente, quedó instalado en la retaguardia republicana de principio a fin de la guerra. La provincia de Ciudad Real fue olvidada por las tropas enemigas durante todo el conflicto, lo que la convirtió en un territorio de gran importancia para las labores propias de la retaguardia en cualquier conflicto bélico. Entre ellas se pueden destacar la instalación de hospitales de sangre, para la cura de heridos del frente; la formación y

---

<sup>1</sup> SEIDMAN, Michael, *A ras de suelo. Historia social de la República durante la Guerra Civil*, Madrid, Alianza, 2003; CORRAL, Pedro, *Desertores. La guerra civil que nadie quiere contar*, Barcelona, Debate, 2006; MATTHEWS, James, *Soldados a la fuerza. Reclutamiento obligatorio durante la Guerra Civil, 1936-1939*, Madrid, Alianza Editorial, 2013; y ALÍA MIRANDA, Francisco, *La agonía de la República. El final de la Guerra Civil española (1938-1939)*, Barcelona, Crítica, 2015.

adiestramiento de unidades militares, que se repartieron por numerosas poblaciones; la creación de aeródromos, que se distribuyeron por toda su geografía para propiciar la intervención rápida en los frentes cercanos; y la acogida de población desplazada por el avance de las tropas enemigas<sup>2</sup>.

## **1. INCORPORACIÓN DEL SOLDADO CAZALLAS AL FRENTE DE CÓRDOBA-EXTREMADURA**

Cazallas pertenecía al reemplazo de 1940 y fue llamado a filas el 1 de marzo de 1938. Tenía 19 años y, como recuerda del resto de sus compañeros, todos con cara de niños. Tras un corto período de instrucción en Valdepeñas (Ciudad Real) fue destinado a la 86ª Brigada Mixta, que operaba en la provincia de Córdoba, por los frentes próximos a Pozoblanco, Villanueva de Córdoba y Alcaracejos. Se incorporó, con el resto de los soldados de su quinta, a una base de instrucción situada en Minas de Demetrio, muy próxima al frente de combate en las posiciones llamadas Cerro del Sordo.

En Minas de Demetrio “se oían las explosiones y resplandores de los proyectiles y el tableteo de las ametralladoras”, recuerda. Pero el frente estuvo relativamente tranquilo hasta julio de 1938. Todos los reclutas de su reemplazo se repartieron entre los cuatro batallones de la 86ª Brigada Mixta. A él le correspondió la 2ª Compañía del primer batallón. Fue destinado “a una patrulla que tenía la misión de estar de vigilancia entre ambas líneas, o sea en el terreno de nadie, servicio de mucho peligro”. Poco después la patrulla se disolvió y pasó a la 1ª Compañía, primer batallón, donde estuvo hasta el final de la guerra. En mayo, junio y julio de 1938 hubo muy poca actividad bélica, apenas había combates. Se trataba de una especie de frontera muy tranquila. Su pelotón vigilaba los movimientos enemigos desde un cerro, con prismáticos, donde establecieron un punto de observación. Estaban entre los pueblos de Villanueva de Córdoba, Pozoblanco y Adamur. El enemigo, en Ovejo. Entre las líneas de ambos ejércitos pasaba un río y se divisaba un pantano, dominado por el enemigo. También vigilaban el Pico de la Perdiz. En esos primeros meses se quejaba de la inactividad. Todo era rutina. “En estos frentes, la guerra no parecía existir”.

De repente, todo cambió, coincidiendo con su cumpleaños. En julio de 1938, el Ejército Popular de la República pasó al contraataque. Nadie lo

---

<sup>2</sup> Vid.: ALÍA MIRANDA, Francisco, *La Guerra Civil en Ciudad Real, 1936-1939. Conflicto y revolución en una provincia de la retaguardia republicana*, Ciudad Real, Diputación Provincial, 2017.

podía pensar, ni siquiera sus enemigos. El general Rojo pretendía llevar a cabo maniobras relativamente fáciles para robustecer la moral de sus tropas después de los últimos reveses y para que Franco no volviera la vista hacia Madrid después de su contundente victoria por Teruel y Castellón. Para ello eligió dos frentes, uno sobre Extremadura y Almadén y otro sobre la zona del Ebro. En el primer caso, las tropas nacionales se adelantaron a las republicanas, tomando la iniciativa en el sector extremeño. “El Mando de Burgos tenía interés por acercarse a Almadén, precisamente cuando se discutía con Italia un nuevo acuerdo para distribuirse el monopolio del mercado mundial de mercurio”<sup>3</sup>. Iniciada la ofensiva el 19 de julio, una semana más tarde habían devorado unos mil kilómetros cuadrados de terreno. En agosto, el Ejército de Extremadura, viendo que el frente se aproximaba a Almadén, sede de su cuartel general, contraatacó con dureza, impidiendo toda posibilidad de penetración hacia esa localidad manchega hasta el final de la guerra. El Ejército franquista decidió concentrar casi todos sus esfuerzos en el Ebro.

Desde primeras horas de la mañana del 23 de julio se vio un movimiento distinto en el frente cordobés y extremeño. Por la noche su compañía fue desalojada del terreno. Montaron todos en camiones y los llevaron cerca de la Mina Demetrio, frente al Cerro del Sordo. Allí estuvieron sin hacer nada hasta el 14 de agosto, que los destinaron a la provincia de Badajoz, en las inmediaciones de Peñalsordo, por el cerro del Toroso, durante 25 días. Allí se enteraron bien de lo que era la guerra. Se veía movimiento continuo de camiones, tanques, aviones, cañones y ametralladoras.

Entre el 15 de agosto y el 3 de septiembre “aquello sería un infierno” por los continuos bombardeos de la aviación, los proyectiles de la artillería y las ráfagas de las ametralladoras. Nunca les informaban de nada, iban y venían, pero sin conocer los objetivos. Oían los cañones enemigos y suponían que estaban muy cerca. Cada vez el fuego de la artillería era más frecuente. “Lo primero que nos inculcaban era el valor, el heroísmo y el espíritu de sacrificio del batallón Stalin, que era el nombre del primer batallón de la 86 Brigada Mixta”. En él había destinados muchos soldados rusos. Se perdía la noción de los días: “Allí la única noción del tiempo es que veías caer los hombres y que en cualquier momento te podría tocar”. El soldado manchego fue herido leve con la metralla de un mortero, aunque las heridas eran superficiales y por la noche ya pudo hacer guardia. “Nos cosían a morterazos”.

---

<sup>3</sup> TUÑÓN DE LARA, Manuel, *La España del siglo XX*, Barcelona, Laia, 1974, vol. 3, p. 759.

Cuanta más intensidad tenían los combates más aparecía el miedo. Su compañero de guardia permanecía continuamente asustado, por lo que pidió su cambio, para evitar entrar él también en pánico:

Hice los servicios de centinela entre las dos líneas de fuego, durante tres noches, y al terminar la tercera noche, me presenté al jefe de la compañía y le dije que deseaba hacer mis servicios solo, y no acompañado de un hombre que no dejaba de temblar y repetir durante la guardia que continuamente decía que ya de aquí no salimos, en esta guardia nos matan, yo tenía durante la guardia que curarle, y cuidar de que aquel hombre no cometiera ningún disparate, y tenía que tener abandonado el vigilar al enemigo, y yo también tenía mi miedo, y no necesitaba que mi compañero me contagiara el suyo.

Su artillería era muy buena, haciendo muchas bajas al enemigo, que decidió retirarse y abandonar el pueblo de Zarza-Capilla. Le causaba pesadumbre tantos españoles caídos, “y aunque por las circunstancias de la guerra, eran nuestros enemigos, eran también nuestros hermanos”. Doce aviones hicieron varias pasadas sobre el ataque de su brigada, que iba tras las fuerzas enemigas en su retirada: “nos dieron todas las pasadas que quisieron y tiraron todas las bombas que les dio la gana, y hasta se dijo que habían tirado picos y palas con cartones atados que decían “para que habrais [sic] fosas, para que enterréis los muertos”.

Acabaron en el cerro de las Cabezuelas, entre los pueblos de Cabeza del Buey y Zarza-Capilla, donde se enfrentaron directamente al enemigo. Este estaba atrincherado en lo alto. La situación era trágica:

Allí, ni se comía, ni se bebía, se atacaba continuamente, y aquel frente no se podía romper, fueron varias las compañías que caían todos entre ambas líneas. La aviación nos comía por detrás de las primeras líneas. (...). Las artillerías de ambos ejércitos hacían fuego continuamente, dándose varias veces el caso, por la proximidad de ambos bandos, de que los proyectiles y las bombas caían sobre las mismas líneas del que los disparaba.

En ese sector habían caído las dos terceras partes, entre muertos y heridos, y los que quedaban casi todos tenían heridas leves. Eran muy pocos los que estaban sin marcar. Vivían entre olivares, en la falda de la sierra, sufriendo los cañonazos desde la sierra y las bombas de los aviones. El 3 de septiembre se ampliaron los ataques. Fuego de la aviación, de los cañones... “El ruido era ensordecedor, aquello parecía el fin del mundo, por todas partes tronaban armas y explotaban proyectiles de todas clases, la niebla ocasionada

por el humo y el polvo de las explosiones cada vez era más densa (...), por todas partes se respiraba fuego, sangre y muerte”.

En medio de la batalla, que estaba procurando enormes pérdidas humanas, nadie se acordaba de la comida. Pero sí de la bebida, en pleno mes de agosto. Sobre un flanco de la Cabezuela había una noria, a la que iban uno a uno con la cantimplora:

Para llegar a la noria había que ir arrastrándose un largo trecho, pero mientras estabas cogiendo agua nadie disparaba, debido a que del otro bando también bajaban a por agua y las ametralladoras que apuntaban a la noria, no sabían quien era quien, por lo tanto no disparaban. Cuando te distanciabas unos metros de la noria tenías que volver a arrastrarte, y rogarle a Dios que te ayudara.

El aspecto físico se iba deteriorando día a día. Combates por el día, vigilancia por la noche y las que no había guardia, a dormir en la tierra. Según su testimonio,

estábamos francamente desconocidos, la sangre y la mugre en la ropa, y en todo el cuerpo, no hubo con qué quitársela, y se dejó para que anidaran los piojos, que los teníamos por cientos, y bastantes gordos, había piojos que tenían el tamaño de dos granos de arroz.

A partir del 4 de septiembre la actividad era cada día menor. En ese mes su batallón abandonó Badajoz. Volvió a Córdoba y tras reorganizar las fuerzas, atacó en dirección a Villafranca de Córdoba. Pero pronto pasaron a labores de vigilancia y defensa de la línea que marcaban los pueblos de Pozoblanco, Villanueva de Córdoba, Alcaracejos, Adamur y otros. Entre noviembre y diciembre se movían por toda esta línea de vigilancia.

Desde el 5 de enero hasta el 4 de febrero de 1939 tuvo lugar la última gran batalla de la República, eligiéndose para ello la dehesa del Norte de Córdoba, para romper el frente entre Hinojosa y Villanueva del Duque, en dirección a Peñarroya, Fuenteobejuna, La Granja y Peraleda (estas dos últimas, en la provincia de Badajoz). En ella intervinieron 72.000 hombres por parte franquista y 92.500 por el bando republicano. Un total de más de 160.000 combatientes con un balance conjunto de unas 30.000 bajas, de las que 8.000 fueron muertos republicanos y 2.000 del Ejército de Franco. Esta

ofensiva, en palabras de Moreno Gómez, fue “el esfuerzo supremo de la zona Centro-Sur republicana”<sup>4</sup>.

El inicio de la ofensiva republicana, conocida como “Plan P”, a primeras horas del 5 de enero fue arrollador. Tres días después sus fuerzas daban signos de agotamiento mientras las de Franco, mandadas por el general Queipo de Llano, iniciaron una fuerte contraofensiva el 14 de enero que ya no pudo ser frenada en ningún frente. Los republicanos tampoco recibieron la ayuda naval comprometida por la Base de Cartagena para iniciar el ataque por Granada ni la terrestre del Ejército del Centro, mandado por el coronel Casado, que ya estaba más pendiente de la conspiración contra Negrín que de apoyar a los Ejércitos del Sur y de Extremadura. El día 23 de enero fracasó el último intento republicano de contraataque, producido sobre el vértice Moritos y Mataborracha, por lo que cesó toda capacidad ofensiva y comenzó el repliegue general en todo el frente, en dirección a las líneas de partida. Los informes de ese mismo día del Ejército de Extremadura precisaban que el estado físico de sus fuerzas estaba considerablemente deprimido por la alimentación deficiente, la falta de ropas de abrigo y calzado, la crudeza del tiempo infernal y las sucesivas derrotas. Se consideraba que también había fallado el informe de los comisarios sobre la existencia de una magnífica moral de ataque en sus unidades.

La retirada no fue ni mucho menos una desbandada, sino que se fue oponiendo resistencia, por lo que las tropas de Franco aún tardaron días en hacerse con sus objetivos. El 25 de enero, tras un desesperado esfuerzo de los republicanos por conservar el pueblo, tropas de la 60ª División franquista entraron en Fuenteovejuna, ya abandonada por la 47ª División republicana. Al día siguiente, las dos Agrupaciones del Norte (García Escámez) y la del Sur (Muñoz Castellanos) tomaron contacto en La Morata, entre Los Blázquez y La Granjuela. El 4 de febrero, las fuerzas militares franquistas recuperaban las líneas que habían sido desbordadas un mes antes. La batalla de Córdoba-Extremadura había finalizado.

La compañía de Cazallas vivió los combates en el sector de la carretera entre Pozoblanco y Villarta. El soldado manchego cayó enfermo y fue evacuado a un hospital de Villanueva de Córdoba. Eran frecuentes las pulmonías, enfriamientos y resfriados por frío y lluvia. Daban el alta a los enfermos sin estar curados, porque no tenían suficientes camas hospitalarias

---

<sup>4</sup> MORENO GÓMEZ, Francisco, *Trincheras de la República, 1937-1939. Desde Córdoba al Bajo Aragón, al destierro y al olvido. La gesta de una democracia acosada por el fascismo*, Córdoba, El Páramo, 2013, pp. 473-519.

ni personal sanitario. Fue dado de alta tras diez días de convalecencia. “Salí del hospital, en unión de otro compañero que era de Andújar, al salir a la calle nos dijimos, y esta noche a dormir a las trincheras, y también pensamos, y porque no nos vamos a casa, y sin pensarlo más esto fue lo que hicimos, probar a ver si podíamos llegar a casa”. Era tarea difícil, porque había que pasar varios controles. Pero lo lograron:

Fuimos a la estación del ferrocarril, haber [sic] que podíamos hacer, llegamos en un momento que salía un tren con una sección de soldados, que custodiaban unos bidones, que era el cargamento de aquel tren. Subimos en aquel tren, y ya en marcha nos pusimos en contacto con la fuerza que daba escolta a aquel cargamento, y como en la guerra todos nos ayudábamos, nos prometieron que viajaríamos con ellos hasta Puertollano, allí nos dejarían, porque ellos seguían una línea distinta a la nuestra, pero de esta forma pasamos un control en un punto llamado Conquista, un control muy difícil de pasar, una vez en Puertollano, nos despedimos de aquellos hombres, y cogimos el tren para Ciudad Real.

Bajamos del tren en Ciudad Real, y cogemos un control de guardias de etapas, fue todo uno, los cuales nos llevaron a la comandancia, y allí nos dijeron que nuestra Brigada estaba en Villanueva, y en el Viso de los Pedroches, y nos facilitaron documentos para que nos volviéramos para atrás, pero como en los papeles que nos dieron solo ponían el Viso, nos fuimos a la estación y cogimos el tren pero para el Viso del Marqués (no el de los Pedroches).

Llegamos a Almuradiel, sin novedad, me despedí de mi compañero, que continuaría hasta Andújar, y yo a las cinco de la madrugada llegaba a casa. Era el 17 de Enero de 1939.

## **2. DESMORALIZACIÓN Y DESERCIÓN EN EL EJÉRCITO POPULAR DE LA REPÚBLICA**

Según un exhaustivo estudio sobre la postura adoptada por cada uno de los militares profesionales españoles ante el golpe de Estado de julio de 1936 provincia a provincia, unidad a unidad, los jefes y oficiales se dividieron casi por igual entre ambos contendientes al estallar la sublevación: 8.929 quedaron situados en zona republicana y 9.294 en la sublevada<sup>5</sup>. Estas cifras comprenden a los generales, jefes y oficiales de las Fuerzas Armadas y a los cadetes, porque estos desempeñaron el papel de oficiales en la contienda. Pero de forma paulatina, en muchos casos incluso desde los primeros días de la

---

<sup>5</sup> ENGEL MASOLIVER, Carlos, *El Cuerpo de Oficiales en la Guerra de España*, Valladolid, AF Editores, 2008.

sublevación, fue progresando la plantilla de jefes y oficiales del bando franquista y disminuyendo la del republicano, por múltiples circunstancias, quedando el retrato final en 14.104 para los sublevados (77 %) y 4.158 para los republicanos (23 %). La República, según estas cifras, perdió a 4.771 jefes y oficiales, un 53 %, que pasaron al bando rival.

La pérdida de jefes y oficiales en el Ejército Popular de la República se incrementó cuando los reveses militares comenzaron a resultar decisivos. La falta de victorias tuvo un efecto demoledor. A finales de 1937, la República había perdido el frente Norte, con lo que renunciaba a una importante fuente económica. El 7 de marzo de 1938, aprovechando la extrema debilidad de las defensas republicanas tras el desgaste de la batalla de Teruel, el Ejército de Franco había emprendido una poderosa ofensiva en territorio aragonés, catalán y Levante con el objetivo de llegar al Mediterráneo y partir en dos el territorio controlado por la República. El frente republicano se desplomó como resultado de la magnitud de los ataques y el 15 de abril las tropas franquistas alcanzaban el Mediterráneo en Vinaroz (Castellón). La República quedaba dividida en dos mitades vulnerables: un enclave central aislado, excepto por vía marítima, y un núcleo catalán adherido a la frontera francesa. La guerra estaba prácticamente perdida para el bando republicano.

El cambio de bando no fue exclusivo de los militares profesionales, para tragedia de la República. Muchos soldados de reemplazo utilizaron la primera oportunidad que se les presentó para pasarse al bando contrario. Con las movilizaciones obligatorias sobre una parte importante de la población masculina, muchos sintieron el levantamiento militar y la guerra como una intrusión indeseada en sus vidas y solamente se involucraron con desgana. La mayor parte de los nuevos reclutas no sintieron ningún deseo de compartir los riesgos y sacrificios que les exigían quienes los habían reclutado. La desertión, el emboscamiento y la defección fueron particularmente agudos entre los republicanos al final del conflicto, cuando el Gobierno llamó a un número creciente de hombres mayores poco o nada aptos para servir.

La desertión y la defección afectaron a muchas unidades republicanas a lo largo de toda la guerra, volviéndose particularmente agudas hacia el final del conflicto, durante 1938 y los primeros meses de 1939. Fueron más cuantiosas en los frentes activos, coincidiendo con las más duras batallas (Teruel, Ebro), pero también las hubo en frentes relativamente tranquilos y estables. En 1938, por ejemplo, 2.175 hombres del Ejército del Centro se pasaron al enemigo. En el Ejército de Extremadura se calcula que desertaron entre el 2 y el 3 % de sus hombres. Con frecuencia, los desertores representaron más pérdidas que las bajas en combate. Entre el 20 de agosto y

el 20 de septiembre de 1938, la 127ª Brigada Mixta tuvo cuatro muertos, nueve desaparecidos, 23 heridos y 31 desertores, aunque la mayoría de estos huyó a la retaguardia republicana y no al campo nacional<sup>6</sup>. Esto sucedió, también, en el Ejército del Este. Entre marzo y septiembre de 1938 desertaron un total de 1.708 soldados, de los que 839 se pasaron al campo enemigo y 869 a la retaguardia republicana<sup>7</sup>.

Esto prueba que la mayoría sólo quería estar junto a sus familias y no tenía ningún interés en luchar en ninguno de los dos bandos. Esta razón era más evidente cuando el frente estaba cerca del hogar familiar. Una carta de junio de 1938 desde el frente de H. García a su mujer Carmen Lazo Caballero es significativa al respecto: “Vosotros aunque paséis fatigas estáis en casa y pasáis fatiga por lo nuestro, pero así como yo pasando fatigas en lo que nada tengo que ver, pues figúrate tú con qué gusto estaré, pero en fin no hay nada más que aguantar hasta ver en lo que para esto”<sup>8</sup>.

Un buen porcentaje de desertores del Ejército Popular eran agricultores, que huían en época de cosechas pensando en la inutilidad de su esfuerzo lejos de sus obligaciones familiares<sup>9</sup>. La mayor parte de los desertores del Ejército republicano no eran nuevos reclutas, mal adaptados a la vida militar, como generalmente se cree. Normalmente se trataba de soldados con bastantes meses, incluso años, de servicio. La deserción se daba en mayor proporción en soldados que habían combatido desde el principio que en reclutas o voluntarios que se habían integrado en las brigadas mixtas con posterioridad.

Había más causas que animaban a la deserción, como la pérdida de moral y la falta de fe en la victoria. En muchos soldados influía la falta adecuada de instrucción, como se quejaban los mandos republicanos:

Debido principalmente a ello —escribía el general jefe del Estado Mayor en un informe dirigido al presidente Negrín— las tropas vegetaban en las guarniciones practicando una vida de ociosidad y de instrucción completamente viciada, por carecer de la realidad de que debe rodearse la formación de las Unidades

---

<sup>6</sup> MATTHEWS, James, *op. cit.*, p. 269. Para el Ejército de Extremadura, HINOJOSA DURÁN, José, *Tropas en un frente olvidado. El Ejército republicano en Extremadura durante la Guerra Civil*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2009, p. 415.

<sup>7</sup> Fundación Juan Negrín, Política, Ministerio de Defensa Nacional, Servicio de Investigación Militar (SIM), 1MDN2000206010027001.

<sup>8</sup> MATTHEWS, James, *op. cit.*, pp. 213-214.

<sup>9</sup> SEIDMAN, Michael, *op. cit.*, p. 227.

combatientes mediante ejercicios frecuentes, por no decir constantes, en los campos<sup>10</sup>.

La consecuencia de esta falta de instrucción se plasmaba al llegar al frente de batalla, en el que sentían miedo e inseguridad. También influyó la falta de disciplina existente en bastantes unidades militares. La pérdida de respeto hacia los oficiales se convirtió tanto en una traba en el desarrollo de algunas operaciones militares como de dificultad en la convivencia en los cuarteles. Uno de los principales resultados de esta indisciplina fue el incremento de los soldados que dejaban su unidad sin permiso y los que se iban con autorización, a menudo se incorporaban con retraso. Además, el mal estado que en muchas ocasiones presentaba el armamento y las municiones desmoralizaba a los soldados, que tenían que luchar con fusiles obsoletos y munición en mal estado<sup>11</sup>. Otro factor fue el cada vez más frecuente retraso en la paga mensual, que impedía afrontar los gastos diarios al soldado, pero también a su familia, que en muchas ocasiones sólo disponía de estos ingresos. Los soldados del otro bando percibían una paga mucho menor, pero la recibieron con regularidad. Además, el malestar de estos soldados experimentados de la República era cada vez mayor debido a la escasez de indumentaria y de comida, especialmente dramática desde los últimos meses de 1938.

Por todas estas causas, y algunas más, de poco sirvió el celo que pusieron los comisarios en las distintas unidades para prevenir la desertión. En el Ejército de Extremadura, por ejemplo, a los comisarios se les exigía un exhaustivo conocimiento de cada hombre. Se les ordenó confeccionar una relación de todos los efectivos donde se indicaba la filiación sindical o política de toda la fuerza, ya que la desertión se ligaba a una postura contraria al régimen republicano. Esta relación establecía cuatro categorías de militares: los afiliados a organizaciones antifascistas con anterioridad al 16 de febrero de 1936, los afiliados entre esa fecha y el 18 de julio de 1936, los afiliados a partir del 19 de julio y los “elementos que no pertenezcan a organización alguna”. Estos últimos eran clasificados, a su vez, como *antifascistas*, *indiferentes* y *peligrosos*. Posteriormente se realizaba una nueva relación con los datos de los militares caracterizados como *indiferentes* y *peligrosos* cuya familia residía en zona franquista. Entre estos últimos individuos, los comisarios tenían que emprender una intensa labor política “para atraerlos a

---

<sup>10</sup> Archivo Histórico Nacional [AHN], Diversos, Archivo de Vicente Rojo Lluch, Caja 2/1-2, microfilm 1.187.

<sup>11</sup> MATTHEWS, James, *op. cit.*, pp. 252-253.

la causa republicana, además de establecer paralelamente una estrecha vigilancia sobre ellos”<sup>12</sup>.

Además de la desertión, una proporción significativa de hombres en ambas zonas no respondió a las llamadas a filas y logró encontrar la forma de evitar el servicio militar. Un riguroso estudio de Pedro Corral estima que la mitad de los hombres convocados por ambos bandos no fue a la guerra. Esta proporción incluye a los hombres que realmente no eran aptos para el servicio militar, así como a los que estaban exentos debido a su especialización profesional (normalmente trabajadores de sectores económicos estratégicos para el Ejército) u otros motivos legítimos<sup>13</sup>. Buena parte de los soldados movilizados adolecieron del ardor guerrero que se presuponía al tomar las armas. Las movilizaciones forzosas llevaron a muchos hombres a una guerra que no les interesaba. Mediante un eficaz sistema de castigos y recompensas, el Ejército sublevado retuvo a más soldados que sus enemigos. Como resultado, fue capaz de librar la guerra movilizando a menos reemplazos y manteniendo mejor la moral en la retaguardia.

Las movilizaciones continuas de los republicanos llevaron al frente de batalla a muchos hombres inadecuados, poco experimentados y de edad madura, que hacía que estuvieran pensando más en lo que dejaban (familias y trabajo) que a lo que se enfrentaban. Al final del conflicto, los reclutas republicanos de más edad tenían 45 años, en comparación a los 33 de los reclutas nacionales más maduros<sup>14</sup>. Sin embargo, en el Ejército republicano era frecuente encontrar voluntarios de bastante más edad, que se alistaron como voluntarios durante los primeros meses de guerra. Solo se exigía entusiasmo y, si iba acompañado de un carné de afiliado a algún partido o sindicato del Frente Popular, mejor. La mitad de los evasores de quintas a lo largo de toda la guerra procedían de los últimos once reemplazos llamados por la República a partir de mayo de 1938. Estos quintos tenían de 34 a 45 años, y en parte era lógico que pusieran mayor resistencia a ser incorporados al Ejército Popular que los más jóvenes, por dejar mujer e hijos en la retaguardia<sup>15</sup>.

El soldado Cazallas fue un ejemplo de esos muchos soldados que se fueron a su casa sin permiso, a mediados de enero de 1939. En el pueblo apenas había hombres jóvenes. Todos eran viejos o niños. “Pero había

---

<sup>12</sup> HINOJOSA DURÁN, José, *op. cit.*, p. 268.

<sup>13</sup> CORRAL, Pedro, *op. cit.*, pp. 529-535.

<sup>14</sup> MATTHEWS, James, *op. cit.*, p. 319.

<sup>15</sup> CORRAL, Pedro, *op. cit.*, p. 533.

muchos hombres de las quintas que estábamos en activo, todos nos conocíamos, y al saludarnos todos decíamos lo mismo, que estábamos con permiso”. A los pocos días aparecieron patrullas de guardias de Etapas pidiendo documentación “y todos nos escondíamos”. Para él, se trataba de una actitud normal porque todos eran huidos de los frentes.

Esta situación estaba bastante generalizada en la provincia de Ciudad Real. En los últimos días de la guerra se cesaron a todos los presidentes de los Tribunales Médicos Militares y se acordó la revisión de todos los fallos de inutilidad y de servicios auxiliares emitidos por tribunales médicos de Ciudad Real desde el 19 de julio de 1936<sup>16</sup>. Estas medidas se vieron completadas con una operación militar “para la limpieza de una vasta extensión del terreno entre las provincias de Toledo, Badajoz y Ciudad Real”. Esta operación la llevó a cabo la 37ª División “y al parecer terminó con la detención de varios centenares de desertores”<sup>17</sup>.

Las medidas adoptadas no se podían mostrar más eficaces con tanta rapidez. Del 8 al 13 de abril de 1938, cuando el Tribunal Médico Militar de Ciudad Real (aunque desde el día 11 se constituyó otro en Puertollano) se dedicó a la revisión de sus fallos, se pasaportaron para los frentes nada menos que a tres mil quinientos hombres. Un 75 % de los anteriormente declarados inútiles para el frente, aunque aptos para servicios auxiliares, fueron declarados útiles para todo servicio. También fueron enviados al frente unos trescientos soldados que prolongaban sus permisos de manera injustificada<sup>18</sup>. Para desgracia de la República, esta situación no era exclusiva de la retaguardia manchega. Se estima para toda España una cifra de aproximadamente veinte mil las falsas declaraciones de inutilidad firmadas por los médicos militares asociados o simpatizantes de la Quinta Columna<sup>19</sup>.

Aunque la estancia de Cazallas en su pueblo fue corta, porque como los registros eran cada vez más frecuentes decidió volver al frente, la aprovechó bien, pues se hizo novio con una vecina, con la que después de la guerra contrajo matrimonio. Se volvió en tren desde Calzada de Calatrava a Pozoblanco. En la documentación cambió el día del alta y se presentó al comandante, sin que sospechara nada.

---

<sup>16</sup> *Avance* (Ciudad Real), 8 de abril de 1938, p. 1.

<sup>17</sup> SALAS LARRAZÁBAL, Ramón, *Historia del Ejército Popular de la República*, Madrid, Editora Nacional, 1973, t. II, p. 2060.

<sup>18</sup> *Avance* (Ciudad Real), 14 de abril de 1938, p. 2 y 13 de abril de 1938, p. 2.

<sup>19</sup> PAZ, Armando, *Los servicios de espionaje en la Guerra Civil Española (1936-1939)*, Madrid, Librería Editorial San Martín, 1976, p. 144.

A los pocos días fue destinado a la línea de fuego con el catarro sin curar. “No lo pensé más que una vez. Cogí el camino en dirección contraria, y me fui a Pozoblanco, para ver si podía coger algún tren para venirme al Viso”. Tuvo suerte y se montó en uno hacia Puertollano, desde allí otro a Ciudad Real, luego otro a Manzanares y por último otro de Manzanares a Almuradiel. Nadie le pidió documentación,

pero en la carretera de Almuradiel al Viso tuve un pequeño incidente, con una patrulla de guardias de etapas. Me pidieron documentación, y al no llevar nada más que el alta del hospital, de nada me valieron mis argumentos, ni mentiras fácilmente comprendieron que me iba a casa, y quisieron que les acompañara a su comandancia, me negué, y quisieron llevarme detenido, me trataron de desertor, yo les traté de enchufados y de cobardes. Fueron a hacer uso de sus fusiles, y yo rápidamente saqué de mi macuto una bomba de mano, y quitándole el seguro y poniéndola en posición de explotar les dije, ¿conocéis esto verdad?, pues no me iré con vosotros, si queréis disparar sobre mí, pero ya sabéis que esta pequeña piña explotará, en cuanto mis dedos dejen de hacer presión sobre su palanca, y los trozos de metralla nos barrerán aquí a todos juntos, entre la metralla y la explosión no quedaremos ninguno vivo.

La patrulla de etapas, tras dar un gran repullo, dijo, muchacho que vas hacer, ponle el seguro a eso. Les dije, antes de ponerle el seguro a esto me habéis de prometer, no hacer uso de vuestras armas y dejar que siga mi camino. Me lo prometieron.

Llegó a su casa el 17 de febrero de 1939, un mes después de haber venido la vez anterior. Su padre le dijo que no podría ni salir porque había guardias de Etapas por todos lados, incluso entrando a registrar los domicilios. Estuvo dos días en el pueblo y se volvió en tren hacia Pozoblanco. Su batallón ya no estaba en primera línea, sino en un barranco, donde permaneció hasta el 25 de marzo. Se decía, por comentarios, que los soldados de ambos bandos cantaban y tiraban los gorros por alto con alegría y que se juntaban para cantar y bailar alegremente por el cercano final de la guerra. No se sentían tiros, ni explosiones de ninguna clase. “Por aquellas fechas Marzo de 1939, la moral en el Ejército de la República era muy poca, estábamos mal vestidos, la comida era poca y mala, pues francamente se veía que éramos un Ejército derrotado”. El 26 de marzo el capitán dio orden de retirada, todos salieron a la desbandada, por donde pudieron y “cada cual huyó como pudo”. Había soldados huyendo por todas partes. “Hirían [sic] miles de hombres por la carretera. La carretera estaba llena de hombres unos andando y las cunetas llenas de hombres sentados, unos descansando, y otros que ya no podían

más”. “La marcha cada momento era más penosa y difícil nadie se preocupaba por nadie”.

Los soldados de Franco los hicieron prisioneros en un campo de concentración entre Cardeña y Villanueva de Córdoba. “Nos metieron en unos cercados, con las paredes medio hundidas, pero con varias ametralladoras, y fusiles ametralladoras, que por todas partes nos apuntaban”. Se decía que había unos 4.000 hombres. A los pocos días le trasladaron a Peñarroya o Pueblo Nuevo del Terrible, no sabe cuál, pero a un nuevo campo de concentración donde había unos 5.000 prisioneros. La gente les gritaba ¡Rojos! ¡Que los maten! A los pocos días los llevaron al pueblo de Valsequillo, a otro nuevo campo. Había unos 8.000 hombres. Todos los días morían muchos, por hambre, enfermedades, etc. El hacinamiento era absoluto. Los trataban como si fueran perros salvajes, según su testimonio. “Que nuestro delito era que el Gobierno que regía en nuestra zona nos había llevado a una guerra”. Los pusieron a trabajar con pico y pala. No había agua para lavarse, los cortaron el pelo al cero, y la mayor parte descalzos o con el calzado roto. El menú diario estaba compuesto de 100 gramos de pan, 50 gramos de sardinas en escabeche y 25 gramos de chocolate. Se morían de hambre con tanto esfuerzo y tan poca comida. “El campo de prisioneros es terrible, lo más malo que le puede ocurrir a un hombre. En la guerra es quedar inválido o la muerte, pero a veces los prisioneros llegar a envidiar a los muertos”.

Por unas personas conocidas de Santa Cruz de Mudela pudo llevar un recado a su familia explicándoles su paradero. Su padre fue rápidamente al campo a por él, le llevó comida. También un salvoconducto de buena conducta que le presentó al capitán. A los pocos días le dieron la libertad, regresando al pueblo. “Unas vecinas le llevaron la noticia a mi madre. Que corría por la calle loca de alegría, a abrazarme”. Por fin acabó lo que él calificó como “Pesadilla de trece meses”.

## CONCLUSIONES

A través de un caso particular, el del soldado Francisco Cazallas, se puede conocer algo más de la vida en las trincheras durante la Guerra Civil española. Este soldado manchego explica en sus memorias la dureza de cada día en el frente. Pero no solo las condiciones físicas eran las más evidentes. Los sentimientos resultaban más difíciles de controlar, como el miedo y la añoranza de la familia. A ellos se sumaba la idea de lo inútil del sacrificio, lo que aumentó las ganas de salir de allí y volver a su casa, con permiso o sin él.

También se puede apreciar cómo la vida de muchos españoles ya nunca volvería a ser la misma tras el conflicto bélico. Unos desaparecieron en los combates, otros quedaron marcados física o psicológicamente. La guerra a nadie le resultó indiferente.

### BIBLIOGRAFÍA

ALÍA MIRANDA, Francisco, *La agonía de la República. El final de la Guerra Civil española (1938-1939)*, Barcelona, Crítica, 2015.

ALÍA MIRANDA, Francisco, *La Guerra Civil en Ciudad Real, 1936-1939. Conflicto y revolución en una provincia de la retaguardia republicana*, Ciudad Real, Diputación Provincial, 2017.

CORRAL, Pedro, *Desertores. La guerra civil que nadie quiere contar*, Barcelona, Debate, 2006.

ENGEL MASOLIVER, Carlos, *El Cuerpo de Oficiales en la Guerra de España*, Valladolid, AF Editores, 2008.

HINOJOSA DURÁN, José, *Tropas en un frente olvidado. El Ejército republicano en Extremadura durante la Guerra Civil*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2009.

MATTHEWS, James, *Soldados a la fuerza. Reclutamiento obligatorio durante la Guerra Civil, 1936-1939*, Madrid, Alianza Editorial, 2013.

MORENO GÓMEZ, Francisco, *Trincheras de la República, 1937-1939. Desde Córdoba al Bajo Aragón, al destierro y al olvido. La gesta de una democracia acosada por el fascismo*, Córdoba, El Páramo, 2013.

PAZ, Armando, *Los servicios de espionaje en la Guerra Civil Española (1936-1939)*, Madrid, Librería Editorial San Martín, 1976.

SALAS LARRAZÁBAL, Ramón, *Historia del Ejército Popular de la República*, Madrid, Editora Nacional, 1973, t. II.

SEIDMAN, Michael, *A ras de suelo. Historia social de la República durante la Guerra Civil*, Madrid, Alianza, 2003.

TUÑÓN DE LARA, Manuel, *La España del siglo XX*, Barcelona, Laia, 1974, vol. 3.